



### FAMIPED

**Familias, Pediatras y Adolescentes en la Red. Mejores padres, mejores hijos.**

## Alergia a la proteína de leche de vaca. Testimonio de una familia

**Autor/es:** Ana María Blázquez Morilla. Profesora. Universidad Católica de Valencia.

[Volumen 7. N.º3. Diciembre 2014](#) [1]

**Palabras clave:** [alergia](#) [2], [niño](#) [3], [familia](#) [4], [escuela](#) [5], [PLV](#) [6]

Soy una defensora a ultranza de la leche materna, entre otras cosas, porque amamantar a mi hija mayor me hizo experimentar las sensaciones más bonitas de mi vida. Ella, además, respondió muy bien y se mantuvo en el percentil 90 solo y exclusivamente con leche materna hasta los 6 meses. Cuando nació mi hijo pequeño, que ahora cuenta con casi 7 años, volví a recurrir a la lactancia materna sin dudarle. Sin embargo, mi pequeño nunca pedía, nunca quería comer y su curva siempre fue bajísima, ya que ni siquiera entraba en el percentil 3. No obstante, esa era su curva, y hasta los 5 meses no se introdujo el primer biberón.

Pese a saber que los alimentos nuevos siempre han de introducirse durante el día, pensé que darle el biberón para ayudarlo a dormir más horas por la noche sería una buena idea. Así es que, esa madrugada, y a oscuras para no despearlo, le dimos leche artificial. A los 10 segundos de empezar a tomar, empezó a gritar. Al encender la luz, vimos a nuestro bebé intentando llevarse las manos a la cara, con la descoordinación propia de la edad, mientras lloraba desesperadamente, con un sonido más allá del llanto. Esa noche, el servicio de urgencias diagnosticó una alergia a la Proteína de la Leche de Vaca (PLV), así como la prescripción para mí de abstenerme de beber leche de vaca mientras estuviera amamantándolo. Aunque nunca sabremos el origen de la alergia ni cuándo se generó, siempre he pensado que su inapetencia durante los primeros meses de vida se debía a que le suministraba a través del pecho algo que le hacía daño. Recuerdo que al día siguiente llamé a una amiga pediatra y, al contarle el diagnóstico, me dijo literalmente “¡qué mala suerte!”. Atónita pensé que mi amiga estaba siendo un tanto exagerada porque, al fin y al cabo, sólo se trataba de sustituir la leche de vaca por la soja. No tardé en darme cuenta de que era yo la que no sabía a qué me enfrentaba.

Todo empezó a complicarse desde entonces. Con 9 meses, una simple merienda en familia, con sus padres y su hermana de 4 años, a base de fiambres, como jamón york y jamón de pavo, se convirtió a los 5 minutos en una urticaria alrededor de la boca. ¿Pero por qué, si no había ningún lácteo? No había leche, ni yogures, ni queso, ni otros derivados. A medida que introducía productos nuevos en su alimentación, me daba cuenta de que la leche era casi omnipresente en los artículos de consumo del mercado actual en este país ¡Hasta el fiambre llevaba proteínas de leche! Era un poco más complicado porque también se detectó alergia al huevo, aunque no tan grave, que, afortunadamente, superó hace unos dos años. Más tarde llegaron los caramelos, chuches en general, papas, por poner algunos ejemplos. Se suman a la lista otros productos de uso cotidiano, que llevan la leche

incorporada en alguna fase de su fabricación, como pasta de dientes, medicamentos, champú, gel, toallitas y otros productos de aseo.

Hasta los 3 años, y con estas limitaciones, la vida familiar se gestiona más o menos con normalidad. Contratamos una cuidadora en casa, que le daba la comida que yo preparaba, ya que no podíamos llevarlo a una guardería durante mis horas de trabajo. En aquel momento fue derivado al alergólogo especialista, quien le prescribió dos jeringas de adrenalina, que debe llevar con él desde entonces, ya que, con niveles de IgE específicas por encima de 100, su grado de alergia es brutal. Su nivel es tan alto que sólo el contacto cutáneo con algo lácteo le produce urticaria y edemas. Sus máximos problemas hasta entonces habían sido los frecuentes y acusados episodios de bronquitis, que sólo se resolvían en el hospital tras varias nebulizaciones y la pregunta de rigor por parte del pediatra de guardia: ¿ha tomado leche?

Los problemas aumentan a medida que crece y, con los tres años, llega el colegio y todo lo que ello conlleva (cumpleaños, parques con niños consumiendo lácteos, excursiones y salidas prohibidas). Afortunadamente, en Educación Infantil, las tutoras han sido muy diligentes y nunca tuvo ningún problema durante los tres años de esta etapa educativa, entre otras cosas porque el patio lo compartían solo los niños de E. Infantil. Eso sí, continuaba la frecuencia de las bronquitis y los paseos nocturnos hasta el hospital.

El paso a la Educación Primaria fue muy costoso porque en esta etapa educativa se considera que los niños deben ser autónomos. Un alérgico necesita la ayuda del entorno (por ejemplo, que sus compañeros se laven después del almuerzo, como hacían en E. Infantil, en la medida de lo posible, que no lleven lácteos para la hora del patio, vigilancia constante en el colegio y protocolos de actuación en caso de una crisis que conozcan todos los profesores que entren al aula). Durante muchos meses intenté hacer entender a las nuevas tutoras (del mismo centro donde había cursado E. Infantil) la gravedad del problema y la necesidad de la colaboración del entorno, y siempre me encontraba con la misma frase: “él tiene que responsabilizarse”. Estoy de acuerdo en que él tiene que responsabilizarse, pero no puede caer toda la responsabilidad en un niño que ni siquiera contaba con seis años, sobre todo porque él estaba (y está) muy concienciado para comer sólo lo que esté en su mochila (y que lleve su nombre), pero no puede controlar que un compañero de juego lo toque con las manos manchadas tras haber ingerido algún producto lácteo. Costó 8 episodios de urticaria y edemas en la cara por contacto en la hora del patio, incluyendo el último, que conllevó una inyección preventiva de adrenalina y el traslado en ambulancia desde el centro hasta el servicio de urgencia debido a un edema muy acusado en ambos ojos, para que el centro tomara conciencia real de la gravedad de la alergia. No obstante, considero que pueden hacerse aún más cosas y, eso sí, ya no constato las miradas de “madre histérica que sobreprotege a su hijo”.

A punto de empezar 2º de Educación Primaria es necesario que pronto empiece un programa de sensibilización a la PLV, que consiste en introducir pequeñas cantidades del alérgeno para que el organismo vaya creando sus propias defensas. Después de 7 años, su nivel de alergia sigue siendo altísimo; de hecho, este año se ha roto una tendencia muy buena de descenso de la IgE que mostraba desde hacía tres años. El ascenso casi a los niveles iniciales, aparte de desesperanzarnos, ha hecho que pospongamos la entrada en este programa.

Lo cierto es que la familia vive limitada. Lo más habitual es que hagamos todos lo mismo, y esto pasa por comer todos lo mismo y en el mismo sitio. Tenemos la suerte de que nuestra hija mayor (11 años) es muy responsable; lo ha asumido desde muy pequeña y le ayuda en la medida de sus posibilidades. Aunque quizás está excesivamente preocupada. No obstante, todos los miembros de la familia sabemos que, si se observan las precauciones necesarias, no tiene por qué ocurrir nada. Solicitamos y agradecemos ayuda del entorno para que lleve una vida normalizada (casi siempre con buena respuesta por parte de los receptores) y tenemos la esperanza de que remita con el tiempo para favorecer el éxito de la desensibilización.